

ESPIRITUALIDAD más HUMANA menos INDIVIDUALISTA

Eugenio M. Recio S. I.

La presa de Assuán puede pasar a la historia como símbolo expresivo de la dinámica interna de nuestra generación. La lucha por las fuentes de energía, la hegemonía omnipotente del dólar, la tensión entre el Oriente y el Occidente, entre el Capitalismo y el Comunismo, y las formas políticas más diversas, se han dado cita en Egipto alrededor de un problema característico de nuestra coyuntura histórica: el desarrollo económico-social de un país subdesarrollado.

Hay algo, sin embargo, más profundo que la presa no ha aireado y que es quizá el exponente más significativo de nuestra época.

Lo mismo el esteta que, con mentalidad burguesa — hay una actitud estética burguesa, dieciochesca, que se contrapone a la que nuestros tiempos exigen — se rasgó las vestiduras viendo desaparecer debajo de las aguas los templos de la isla de File (Alto Egipto), que el financiero y el abogado al servicio del capitalismo que se preocuparon hondamente del daño infligido a



Los accionistas de la sociedad del canal y de la subida de los fletes, parece que olvidaron a los 21 millones de egipcios que esperaban asegurar un nivel de vida más humano con la construcción de esta presa. Hay que confesar que para la gran mayoría de los representantes autorizados de nuestra civilizada sociedad este pequeño detalle ha pasado inadvertido.

Tan injusto, pues, parece desconocer los motivos políticos de las actitudes de Norteamérica y Rusia, como, manteniéndose en la periferia del problema, no ver el sentido de deshumanización que un Capitalismo con resabios liberales y el Comunismo representan.

Humanicidio de la ciencia humana

El profundo egoísmo humano, aprovechándose de la conceptualización exigida por la ciencia abstracta nos ha estilizado al hombre concreto y vital. El concepto jurídico del sujeto de derechos y obligaciones, el metafísico del animal racional, el homo oeconomicus de los marginalistas, la mano de obra como un dato para la contabilidad e, incluso, las frías competiciones estadísticas de las organizaciones de apostolado, tienen el peligro de apartarnos, y de hecho dominados por ese egoísmo muchas veces nos apartan, del hermano inmediato, concreto, que es un complejo de alma, cuerpo, afectividad y gracia.

Estas manifestaciones externas de deshumanización responden a una patología profunda, que sólo podrá remediarse interviniendo los estratos más hondos de nuestra espiritualidad.

La demostración más sensible de la necesidad de humanizar las raíces del complejo volitivo nos la ofrece la paradoja marxista. *Das Kapital* ha polarizado el problema económico en el hombre y ha demostrado, con trazos fuertes no siempre exactos, la intrínseca deshumanización del Capitalismo liberal. Pero desconociendo la dimensión transcendente del hombre espiritual, no dudo en dejar morir de hambre a 5 millones de rusos, cuando la necesidad de una industria pesada exigió dejar para más tarde la solución del problema agrícola.

Denunciando filones

La espiritualidad cristiana podría encontrar una vena fecundísima de humanización repen-

sando vitalmente el misterio de la Encarnación de Jesucristo. Se trata de sumar nuevos matices para enriquecer la dimensión humana del Cristianismo.

Nos dice San Pablo que el Verbo se despojó de todas sus divinas prerrogativas y asumió la naturaleza humana (Phil 2⁷) haciéndose en todo semejante al hombre, menos en el pecado (Hebr 4¹⁵).

No sería difícil en nuestro tiempo intentar esbozar un análisis profundo de lo que significa en-carnación. M. AUMONT en *«les dialogues de la vie ouvrière»* nos ofrece una página sugestiva en este sentido, al describir las primeras dificultades de un sacerdote que se incorpora a la vida de trabajo manual. Después de 11 años de elevados estudios en el cálido ambiente del Seminario, aquel joven, transido aún por la emoción de su encuentro con Cristo víctima en la primera Misa, se presenta en las oficinas de «enganche» de una fábrica para ofrecer sus servicios como peón. Desde el momento de su admisión es ya un ente anónimo sin más identidad que una chapita de control con un número. Comienza el trato desconsiderado, los inevitables fallos de su impericia manual, la feroz odiosidad a las formas sociales de convivencia, el sórdido ambiente carnal... y la tremenda desilusión de que ni siquiera llegan a caer en la cuenta de que la exigencia de un amor desinteresado y fraterno les ha juntado en aquel doloroso codo con codo!

Otro capítulo podría ser el del sacerdote que dejó el agua corriente, la luz eléctrica, los servicios higiénicos, las comodidades de la moderna civilización y se alejó sólo unos kilómetros de la ciudad para vivir la vida primitiva de muchos hermanos.

Y el del universitario que aconsejaba en la invitación para sus bodas en el suburbio, llevar zapatos fuertes y una tarterilla con la comida...

Son muy duras las exigencias del auténtico amor fraterno cuando se medita seriamente la vital significación de la inserción de Jesucristo en nuestro carne.

Nos lo confirman esos misioneros de infieles que, desde tiempo inmemorial, se despojan de todos los prejuicios raciales y de cultura, para confraternizar cordialmente con pueblos inferiores por su mentalidad y grado de civilización humana.

Por el duro camino de la verdad

La penetración y asimilación de esos sentimientos íntimos del Cristo humanado hacia los hermanos-hombres podría ser la matización exigida para esa espiritualidad que llamaríamos social.

Es cierto, sin embargo, que esa fraternal abertura en su dialéctica más que llevarnos hacia el bajo nivel de vida y civilización que sufren nuestros hermanos, lógicamente trataría de levantarlos a ellos hacia el nuestro, más propio de la persona humana. Pero hasta que esa elevación pueda realizarse, sólo una acuciante incomodidad en nuestra posición ventajosa garantizaría la sinceridad de nuestro amor fraterno.

Un joven no podría tirar irresponsablemente en diversiones, un día tras otro, las 50 ptas. que su padre niega al obrero, cabeza de familia, — «porque la situación de su empresa no le permite llegar al salario ideal» — si sintiera que ese obrero y la mujer de ese obrero y sus hijos, son hermanos suyos por la sangre de Cristo. Es verdad, que su renuncia a las 50 ptas. sólo podría nivelar en lo justo el salario de 4 ó 5 entre mil, pero el sentimiento de que no hay equidad en que unos puedan gastar alegremente lo que otros necesitan, y no pueden conseguir en 10 horas de trabajo, sería fecundísimo y purificador.

Sintonización vital e integración mística

La expresión de la cordial solidaridad en Cristo de todos los hombres se orientaría en dos direcciones: receptividad y elevación redentora del sentido misterioso de la pasión de la humanidad y prestación generosa de la propia actividad laboral en servicio desinteresado.

«Yo no puedo concebir el amor—escribía P. Foucauld, desde el seno de ínfimas civilizaciones—sin una imperiosa necesidad de conformidad y de semejanza y, sobre todo, de participar de todas las penas, las dificultades y de todas las durezas de la vida...»

En los estrechos límites de la familia lo mismo las buenas notas del pequeño que las dolencias de la abuelita interesan a todos y todos se sienten obligados a solidarizarse con la común ale-

gría o dolor. Cuando el que triunfa ó el que sufre es el padre y el motivo es el ejercicio de la profesión de que todos se benefician, la exigencia de la compasión es más fuerte e incluso de justicia.

En el mes de septiembre último, el Jefe del Estado inauguró en Galicia el pantano de San Esteban, uno de los más importantes de la Compañía Saltos del Sil S. A., de cuya energía se beneficia hasta Madrid. El cronista que reseñaba el hecho recordaba que en su construcción habían perecido 40 obreros.

Cuando se termine la Siderurgia de Avilés, la industria española y, en consecuencia, toda nuestra sociedad, sentirá un alentador impulso. Parece, pues, que la gratitud exigiría levantar a su entrada un monumento a los que, construyéndola, han caído en el campo de honor del trabajo.

Es muy frecuente el epígrafe «accidente de trabajo» en la página de «sucesos» de los diarios. ¿Por qué no cubrir de gloria sus tumbas, como la de los que caen por defender las fronteras de la patria? Unos y otros dan sus vidas por el bienestar social. No podemos permanecer indiferentes mientras se lucha ni al disfrutar de la victoria. La pasión de la humanidad, la que Cristo quiere que sintamos en nosotros de una manera nueva, tiene otras muchas facetas. La insuficiencia de salarios, el estado de servidumbre en que viven muchos trabajadores, obligados a horarios de trabajo inhumanos, la insalubridad y promiscuidad de viviendas con la inmoralidad que ello supone, la angustia de familias indigentes, los jóvenes que desesperan ante un porvenir cerrado, las enfermedades anónimos de hospitales y sanatorios... están esperando de unas manos que coloquen todo ese dolor en una patena y lo ofrezcan al Padre común incorporado al sacrificio de Jesucristo, por la redención de esas víctimas que tal vez desconozcan el valor de sus padecimientos.

Lo mismo, y con más derecho, los que participan directamente en la existencia del trabajo manual, que los que de una forma o de otra se benefician de sus sudores, todos los hombres somos acreedores a este enorme tesoro por el título de fraternidad, y debemos interesarnos en que no se malogre por la falta de una teología sobrenaturalizadora.

Autoracionalización laboral en una perspectiva humana.

El enorme beneficio que supone esa solidaridad en el dolor nos obliga, a su vez, a una prestación activa.

La elemental exigencia de la compasión nos debe llevar a que incorporemos a nuestra vida una parte de ese sufrimiento para que pese menos la cruz de nuestros hermanos.

Hay peligro de que una preocupación social desorbitada se ciña casi exclusivamente al remedio de las necesidades materiales. Es la antítesis lógica a la contraria tendencia de olvidar que es imprescindible un mínimo de condiciones humanas para poder llegar a los valores del espíritu. Escuchemos la llamada que Cristo nos hace a todos para cooperar, cada uno desde el ángulo en que le haya colocado su profesión, a la elevación del nivel de vida de nuestra sociedad.

Con frecuencia el trabajo se concibe sólo en función de las personales y familiares necesidades. Su miope deontología contiene sólo categorías individuales.

La esencial sociabilidad humana, lo mismo en el plano natural y, en la presente economía, también en el sobrenatural, exige una respuesta activa a los muchos bienes que de manos innominadas nos llegan, completando nuestras limitadas posibilidades laborales, a través de la sociedad.

Los 15 días de vacaciones legales según las Reglamentaciones y las 10 horas prácticamente ordinarias, de la jornada de trabajo son una reconversión a los 4 meses de vacaciones escolares y a las continuas reducciones que de hecho sufre la jornada profesional.

Se va generalizando el encontrar en gran variedad de productos manufacturados papeletas de control como ésta:

«Operaria n.º 9 - En caso de reclamación se ruega la devolución del presente boleto indicando la causa»

Se perfeccionan de día en día los procedimientos para controlar el rendimiento de los obreros y se insiste en la necesidad de aumentar la productividad. ¿No nos sentiremos obligados por nuestra conciencia social a intensificar nuestro trabajo, aunque no haya cronómetros, ni notas, ni despidos, simplemente porque la elevación del nivel de vida de nuestros hermanos nos exige mayores y más perfectos rendimientos?

En la campaña emprendida por la productividad no se puede olvidar la mayor transcendencia del trabajo técnico. Sería, pues, una consecuencia justificar sus mayores emolumentos por esta transcendencia y olvidarla cuando se tiene que exigir un mayor rendimiento para elevar el nivel de vida social.

Pero hay aún otro aspecto en esta humanización del trabajo profesional. Parece ser que el gobierno italiano, después de la catástrofe de Armcoeur da con dificultad el visado a sus obreros para trabajar en Bélgica. Es dolorosamente sintomático que el porcentaje mayor de mineros belgas sea de extranjeros. Sería pueril negar la posibilidad de accidentes totalmente imprevisibles. Sin embargo, si el mineral lo tuvieran que arrancar los mismos hijos de los ingenieros ¿habría accidentes con tanta frecuencia? ¿seguirían trepidando sobre el cuerpo los martillos excavadores o se habría generalizado el empleo de amortiguadores u otros procedimientos menos incómodos?

Los que han levantado bandera

La ejemplaridad del ejercicio de ciertas virtudes, estabilizado por una promesa formal, ha estimulado siempre al resto de los cristianos al ejercicio de esa virtud, en el campo de los propios deberes.

«El pueblo cristiano no podría concebirse sin que pobres voluntarios, por amor, mostrasen a los que poseen que deben vivir como si no poseyesen. No podría explicarse sin hombres que por amor a Cristo guardasen la castidad en un celibato perfecto y voluntario para que los que viven en matrimonio recuerden que deben comportarse con miras a un fin espiritual más elevado». R. Voillaume justifica así a sus hermanos los *Petits Frères de Jésus* (1) la necesidad de que

(1) Los *Petits Frères de Jésus* son los miembros de una Congregación religiosa, aprobada por la Iglesia en Marzo de 1936. Sus estatutos se inspiran en las Reglas escritas por Carlos de Foucauld en 1896 y 1899. Su ideal es emitir la vida de Jesús en Nazaret y dar así testimonio evangélico en los medios más pobres de cualquier parte del mundo. Forman comunidades muy pequeñas que se llaman Fraternidades. La primera se fundó en 1933 en El-Abiodh-Sidi-Cheikh (Sahara de Sud-Oranais) y en Octubre de 1953 sumaban 27 con 190 *Petits Frères*.

en medio de la lucha obrera haya obreros que sirvan de antídoto al veneno del odio que toda lucha supone.

La ejemplaridad de los *Petits Frères de Jésus* trasciende más aún, en mi modesta opinión, hasta constituirse en paradigma de lo que puede ser una espiritualidad social llevada a sus consecuencias más heroicas.

* * *

A las cartas recogidas en el volumen *«Au coeur des masses»* debo muchas de las ideas que han fecundado las anteriores reflexiones y con su unguida palabra terminaré estas líneas, rindiendo así un homenaje emocionado a esos heroicos hermanos que buscando siempre, como Cristo, a los que viven en condiciones más infrahumanas, ofrecen a todo el mundo un testimonio viviente del auténtico amor de Jesús a los hombres.

«Nuestra presencia en medio de los hombres es una misión al mismo tiempo que una necesidad de amor. Es necesario creer con toda el alma en nuestra vocación. Creedla posible porque es exigida por el amor de Jesús, porque es una necesidad de su presencia en medio de ellos, con la afirmación simultánea del misterio trascendente de su Reino y de la condescendencia de su amor fraternal, comprensivo, misericordioso para la miseria de la condición pasible de sus hermanos en la humanidad. Esto será lo que afirmen las Fraternidades con su sola presencia».